



Capítulo 486: Batalla táctica (Parte. II)

El tigre dejó de realizar pruebas y comenzó a matar. El siguiente movimiento fue un péndulo con su pata delantera que creaba un corte de presión en el aire —no había una hoja física, pero el espacio era nítido. Virgilio cruzó los antebrazos y dejó que la ola lo llevara, amortiguándose con su cuerpo y rodando para romper la inercia. Aún así, su antebrazo hormigueaba: la piel se había abierto en dos rasguños largos y superficiales, ardiendo como fuego helado.

Sonrió, saboreando el dolor como algo normal.

"Corta el aire. La capa exterior vibra con una frecuencia dentada."



El siguiente rugido provocó una lluvia de conchas y un destello rojo en los ojos de la bestia. Llegó bajo, con la cabeza casi rozando el suelo, y a mitad de camino saltó, retorciendo su cuerpo para aplastarlo con todo su peso. Virgilio clavó los talones en el suelo y, en lugar de retirarse, dio un paso adelante —lo suficiente para seguir su trayectoria. Presionó su hombro contra la "pared" invisible del pecho del tigre y lanzó un derechazo corto y agudo a la misma axila. Una grieta amortiguada, como madera mojada partiéndose. La barrera volvió a oscilar y, por un momento, se adelgazó. Virgilio vio pelo, vio piel. Extendió su mano izquierda como una garra y se clavó los dedos... y el campo regresó. Sólo tocó el calor.

El tigre aplastó la parte posterior de su pata como si aplastara una mosca. El matamoscas lo arrojó contra tres troncos seguidos. El último árbol se rompió. Se puso de pie, vio estrellas por un segundo y el mundo intentó doblarse por la mitad dentro de su pecho. Expulsó un chorro rojo oscuro y se puso de pie con un solo movimiento, como si su cuerpo no se estuviera rompiendo.



"Bruto... y creciendo." Sintió el pulso del bosque. "Si me estiro, se eleva. Entonces... reduzca las ventanas. Acelerar."

Virgilio desplomó los hombros, bajó la barbilla y se puso ligero sobre los talones. Dejó de intentar "ganar espacio." Comenzó a moverse hacia adentro y hacia afuera como una pala de pistón —dos pasos cortos, impacto, dos pasos de salida en ángulo. No buscaba un golpe bonito: golpeaba los mismos tres nodos como un herrero impaciente. Axilas, base del cuello, entre los omóplatos. Con cada conjunto, la barrera gemía, pero se reconstituía. Varió el ritmo. 1-1-2. 1-2-3. 3-3-1. Comenzó a sincronizarse con la respiración del monstruo, buscando la exhalación como alguien que escucha música en una sala ruidosa.

La bestia sintió su insistencia y cambió su baile: dejó de perseguir en fila y comenzó a rodear. Escalones laterales, cola que funciona como timón, garras que rascan el suelo para anclar y pivotar. El campo se reorientó con él, los flujos se desplazaron como velos en el viento. Virgilio adaptado. Pateó el tobillo delantero para detener el giro, un puñetazo corto en la clavícula, una palma en el hocico para empujar hacia atrás —la barrera fue repelida, pero la dirección del empuje influyó en la orientación de la protección. Pequeñas colisiones, pequeños robos de ángulo.



Aún así, la diferencia de masa pasó factura. Cuando el tigre golpeó, golpeó. Un golpe hacia abajo atrapó el antebrazo de Vergil y arrojó su cuerpo en un arco desagradable. Cayó de rodillas, con el brazo palpitando y la mano entumecida. El monstruo se aprovechó. Avanzó hasta aplastarse. Virgilio plantó la vaina en el suelo como una estaca y, en una fracción de segundo, la utilizó como pivote para girar debajo del cuerpo que caía. El pecho de la bestia pasó por donde él estaba. El impacto provocó un temblor que hizo volar hojas a cincuenta metros de distancia. Salió por el otro lado y golpeó la costilla con un derechazo que cayó. El sonido era casi satisfactorio—casi. Sigue siendo una barrera.



Los ojos rojos del tigre se encontraron con los suyos por un momento. Había malicia allí. Hubo... reconocimiento. Como si la bestia estuviera evaluando: "Eres terco."

"Y eres terco y pesado." Vergil respiró profundamente. El aire apestaba a hierro y ozono. "Está bien. Juguemos más desagradable."

Abrió la palma izquierda y cortó a su propio canino con un simple gesto. Una sangre espesa rezumaba y goteaba sobre la hoja antes de que Yamato soltara nuevamente la vaina. No cortar; tocar. Rápidamente dibujó tres líneas en el aire que eran menos runas y más hábitos—micro cortes de vacío que creaban turbulencias temporales. No penetrarían la barrera, pero podrían ensuciar el flujo.

Regresó a sus puños. La diferencia ahora era sutil: cada golpe venía con un vórtice de polvo y aire desplazado, "agarrando" el campo por un momento antes de golpear. En dos movimientos, el nódulo de la axila vibró a una frecuencia diferente. El tigre respondió apresuradamente. Bien. La prisa crea error.

Señorita, él no falló. Pero dejó al descubierto su garganta con un rugido impaciente. Virgilio saltó al vacío del sonido, un paso, dos, un gancho muy corto dirigido al punto blando debajo de la mandíbula. La barrera todavía estaba allí—pero más delgada. Su puño lo rozó.

Eso fue lo más cerca que estuvo.

La recompensa llegó inmediatamente: una colisión hombro con hombro que habría aplastado una pared. Virgilio vio la pared gris llenar el mundo y sólo tuvo tiempo de cruzar los antebrazos para mantener la cabeza. Él voló. Se estrelló contra una roca. Aterrizó boca arriba, el aliento le cayó del pecho, una línea de dolor corría desde las costillas hasta los dientes.



Y se rió suavemente.

"Está mejorando."

Se puso de pie tambaleándose. Su visión se duplicó por un segundo y luego se calmó. El tigre no jadeaba. Era una montaña en marcha. El aura continuó aumentando y la distorsión en los bordes de su visión sugería que todo el bosque vibraba al ritmo de la bestia.

"Desventaja sostenida." Ajustó su postura, volvió a apretar los puños y bajó la espada. "Mantener la presión sobre los nodos, forzar el error, sobrevivir a cada intercambio. Sin vanidad. Sin flores."

La bestia vino—y él se fue. Un paso más cerca de la muerte, como siempre. El siguiente impacto destrozó el suelo, agrietó piedras y sacudió árboles. El mundo se convirtió en ritmo, cálculo y dolor. Yamato cantaba bajo sin cortar, la vaina martillaba como un bastón, sus puños buscaban la quietud invisible. Y, sin embargo, por mucha precisión que aplicara, por mucha ciencia que extrajera del caos, la verdad insistía en morderlo: era unilateral. Por cada diez golpes que recibía, el tigre recibía uno —y cada "uno" que recibía valía veinte.

Virgilio se secó la sangre de la comisura de la boca con el dorso de la mano y volvió a entrar, con los ojos fríos, la sonrisa pequeña, aceptando lo obvio como si fuera un viejo amigo:

"En la base... me aplasta."